

El último verano de *mister Stone*

Guillermo Niño de Guzmán

Robert Stone era un hombre alto, largo como un día sin pan y llevaba el otoño en el corazón. Había arribado al Perú con un contrato de seis meses para trabajar en una compañía petrolera y se había quedado treintaicinco años. Desde el principio sintió una extraña debilidad por el país; es verdad que algunas de sus costumbres le desconcertaron pero, lejos de desdeñarlas, intentó hallarles un sentido y paulatinamente fue compenetrándose con ellas, a tal punto que terminó por asimilarlas. Para sus compatriotas resultó difícil entender los motivos de su atracción y aceptar la idea de que un ingeniero nacido y educado en un ambiente de clase alta del Middle West pudiera adaptarse tan bien a una tierra que ellos consideraban poco estimulante e incluso un tanto hostil. Sin embargo, el enigma pareció aclararse cuando anunció su matrimonio con Beatriz Montero antes de concluir un año de su llegada.

Beatriz fue la única mujer que Robert Stone amó en su vida. Si bien en los Estados Unidos había tenido algunas relaciones sentimentales, ninguna logró colmar sus expectativas. Hija de una conocida familia de terratenientes, Beatriz deslumbró a Robert Stone por su carácter alegre y extrovertido. Antes de tratarla él había vivido acosado por sus preocupaciones y su apariencia era la de un tipo solitario, algo taciturno.

Pero después de la aparición de Beatriz todo dio un vuelco y se operó un cambio radical en su personalidad. Se convirtió en un hombre jovial y entusiasta, revelando aspectos desconocidos que su inseguridad no había dejado aflorar hasta entonces. Al poco tiempo su torpe español de los comienzos mejoró notablemente y pronto fue capaz de entablar conversaciones fluidas y de captar matices que escapaban a la comprensión de sus colegas norteamericanos. Sin duda, Beatriz le hizo derrumbar el oscuro refugio que había erigido en torno suyo, ensanchando el campo de su mirada. Por primera vez pudo respirar a sus anchas sin tener que mirar de reojo a sus espaldas.

Su vida matrimonial transcurrió en forma apacible, sin mayores sobresaltos. Quizá su bienestar habría sido completo de haber tenido hijos, pero aquello nunca le importó demasiado. Beatriz le bastaba y él le bastaba a ella. El grado de complicidad que habían alcanzado era sorprendente, sobre todo considerando que provenían de dos medios tan distintos. No obstante, hubo un tropiezo en su relación con Beatriz y cada vez que recordaba el accidente, como él solía denominarlo, no podía evitar la sensación de una garra estrujándole el estómago. Robert Stone había sido fiel a su mujer durante los treintaicuatro años que estuvieron casados, excepto en una ocasión.

El accidente había ocurrido veinte años atrás. Cada cierto tiempo Robert Stone y otros ingenieros eran enviados por la compañía a diversas regiones para realizar trabajos de exploración en busca de nuevas fuentes petroleras. En aquella oportunidad habían recorrido una zona costera, deteniéndose en el lugar en donde una hermosa bahía dejaba entrar al mar. El pueblo que se alzaba en las inmediaciones estaba conformado por pescadores y Robert Stone intimó rápidamente con ellos, impulsado por la afición a ese deporte que lo acompañaba desde los días de su infancia a orillas del lago Michigan. Mientras sus compañeros pasaban sus horas libres bebiendo en el bar del hotel, él emprendía largas expediciones de pesca, asombrando a los lugareños por su destreza con el sedal. Una tarde, al retornar de una de esas excursiones, el patrón de la lancha lo invitó a comer a su casa. Robert Stone aceptó. A diferencia de sus colegas que miraban con desconfianza a la gente del pueblo, él trataba de ser amable y de corresponder a las deferencias que le hacían,

las cuales se prodigaban a menudo debido a su comportamiento sencillo y generoso. Años después Robert Stone llegaría a pensar que nada habría ocurrido de haber declinado la invitación, aunque también sabía que aquello hubiera implicado un gesto de descortesía poco digno de él.

Es complicado discernir qué fue lo que le causó tal conmoción. Lo cierto es que cuando el patrón le presentó a su hija, Robert Stone experimentó una sensación que jamás había tenido, ni siquiera cuando conoció a Beatriz. Fue como si alguien le asestara de repente un golpe en plena boca. Había algo en esa muchacha de cabello negro y abundante, en su tez oscura y fresca, que hacía llamear su corazón. Y cuando ella elevó hacia él su sonrisa de espuma irisada, Robert Stone sintió que todo su cuerpo se estremecía y retumbaba, como si un caballo salvaje habitara en su interior y diera frenéticas coces en su pugna por escapar.

De nada le valió debatirse y esforzarse por contrarrestar la fuerza de un sentimiento superior a su voluntad. Como un pez arponeado pero todavía vivo, se limitó a contemplar cómo lo arrastraba una marea poderosa ante la cual era inútil oponer resistencia. Durante el tiempo que permaneció en la bahía, Robert Stone vivió las noches más intensas de su existencia. Cuando la misión llegó a su fin, lo invadió una reconfortante mezcla de felicidad y tristeza. Por un lado era consciente de que la aventura no podía proseguir y que debía reintegrarse a su vida habitual; por otro estaba seguro de que aquello había sido un rarísimo accidente y que por tanto no volvería a pasar por una situación semejante. La última imagen que le quedó de ella fue su fresca sonrisa y una mano agitada con vivacidad desde el malecón, mientras él se alejaba en el jeep de la compañía.

Robert Stone no tuvo problemas para reanudar su relación con Beatriz y disfrutar de la armonía cotidiana que caracterizaba a su rutina conyugal. Tanto así que al poco tiempo pretendió haber olvidado el accidente, juzgándolo como un hecho que había imaginado en sueños o visto en alguna película. Nunca pudo descifrar qué misteriosos impulsos habían obrado dentro de él para arrojarlo a los azares de una aventura sentimental, más aún cuando su matrimonio marchaba sin contratiempos. Lo que más le extrañaba era no haber sentido remordimiento alguno por haberle sido infiel a Beatriz. Tenía la impresión de que aquello había

sido algo diferente, completamente diferente, y que en consecuencia escapaba a los cánones morales regulares. Únicamente se sentía molesto consigo mismo por haber sido objeto de un poder capaz de nublar su razón y alterar su conducta. Llegó a la conclusión de que se trataba de una experiencia irrepetible y decidió reducirla hasta convertirla en un diminuto punto oscuro en la vastedad de su memoria. Cuando, por esas vueltas que da el tiempo, lo asaltaba en forma imprevista el zarpazo del recuerdo, entonces él soltaba una maldición y lo apartaba de un manotazo hasta sepultarlo nuevamente en el vacío del olvido.

Robert Stone agitó su vaso, haciendo tintinear el hielo contra el cristal. El sol ya era una bola de fuego columpiándose sobre la línea del horizonte y desde donde él estaba ubicado se podían ver los botes que retornaban al término de la jornada y a los pescadores que descargaban la pesca y recogían los aparejos para llevarlos a la playa y dejarlos listos para cuando volvieran a hacerse a la mar al día siguiente.

Bebió un largo sorbo y miró en busca del mozo. La terraza del hotel se había quedado desierta y él se sintió mejor. Había llegado en los últimos días de marzo cuando el hotel estaba rebosante de turistas y veraneantes. Pero ahora habían entrado en el mes de abril y el local se había vaciado pese a que el calor aún era fuerte y a que probablemente se mantendría así por el resto del mes.

El lugar no había cambiado mucho, pensaba mientras bebía el nuevo trago que el mozo le había traído. La diferencia esencial residía en que el viejo muelle había sido reemplazado por otro mucho más largo y sólido. Y quizás el pueblo se había extendido un tanto y la caleta ya no pasaba desapercibida en los mapas de la costa. Eso se debía a que la organización nacional de turismo había ampliado y modernizado el hotel y el resultado era una marejada de visitantes, sobre todo de la capital, que llegaba cada verano; sin embargo, fuera de temporada el hotel se despejaba y sólo quedaban los pescadores y sus viejos botes y el mar que seguía golpeando el muelle como de costumbre.

Robert Stone empezó a sentirse un tanto borracho. Estaba bebiendo demasiado en los últimos tiempos y casi no podía controlarlo. En realidad nunca había superado la condición de bebedor moderado pero

ahora que Beatriz no estaba el alcohol contribuía a darle cierta sensación de sosiego y no podía permitirse renunciar a él. ¿Qué diablos hacía allí? Era una pregunta que resonaba con frecuencia dentro de su mente. ¿Qué diablos hacía emborrachándose solo en ese pueblo apartado, lejos de su casa y de sus amigos? Trató de pensar en otra cosa pero no pudo evitar que la imagen de su mujer inundara una vez más su pensamiento. Beatriz había muerto hacía cinco meses y él todavía no lograba acostumbrarse a su ausencia.

Era muy duro y Robert Stone se preguntaba si lo conseguiría algún día. A veces le parecía que al partir Beatriz también se había llevado el mundo consigo. De pronto había sentido como si le hubieran arrancado de su hogar y lo hubieran arrojado a una tierra desconocida por donde vagaba sin rumbo, irremediablemente perdido. Ese año iba a cumplir sesenta y una sensación de vejez y cansancio se abatía sobre él a pasos agigantados.

Después del fallecimiento de Beatriz se había sumido en una profunda depresión y había renunciado a su trabajo. El último mes, harto de la capital y de la casa que abrigaba tantos recuerdos y de los amigos que insistían en buscarlo a pesar de su obstinado encierro, decidió tomar su automóvil y emprender un viaje hacia el sur, bordeando la delgada franja de la costa. Era un viaje a la deriva, sin ninguna premura, y se detenía en los sitios que se le antojaban.

Anochece cuando llegó a la caleta. Se hallaba demasiado agotado para continuar manejando y alquiló una habitación en el hotel para poder darse un baño, comer algo y dormir unas horas antes de reiniciar el trayecto. Pero cuando despertó a la mañana siguiente y la brisa marina hinchó las cortinas y escuchó los chillidos de las gaviotas y el bullicio de los pescadores que empujaban sus botes en la orilla y se acercó a la ventana para ver las olas sucesivas que se alzaban y desmoronaban en un revoltijo de espuma brillante por el sol, lo invadió un aura de tranquilidad y resolvió quedarse allí por unos días.

Mientras miraba la pequeña bahía y el muelle que penetraba en el mar, Robert Stone recordó al hombre solitario y taciturno que había sido antes de conocer a Beatriz. Tal vez había permanecido agazapado dentro suyo, sospechaba, esperando el momento para volver a apoderarse de él.

Y ahora, después de tantos años, le parecía que iba a su encuentro como un pájaro que viaja en busca de su jaula.

—*Mister, mister...* Despierte, *mister*.

Robert Stone se percató de que alguien le removía el hombro.

—Despiértese, *mister*. Vamos a cerrar la terraza.

Se frotó los ojos y miró al mozo que aguardaba enfrente suyo. Una vaga inquietud comenzó a crecer dentro de él y sintió deseos de llorar. Sin embargo, apretó los dientes y se contuvo.

—*Oh, shit!* —balbuceó—. Sí, ya me voy.

El mozo trató de ayudarlo a incorporarse pero él se zafó de un tirón.

—Carajo, no soy un inválido. —Lo miró con cólera, aunque segundos después pensó que probablemente daba esa impresión: un gringo viejo, triste y borracho que no podía tenerse en pie.

—Perdone, no me siento bien —le dijo al mozo y sacó un billete y se lo dio—. Gracias por su ayuda.

—¿Puede llegar hasta su habitación?

—Sí, creo que sí.

El mozo meneó la cabeza mientras el hombre caminaba tambaleándose y apoyándose en las paredes del pasillo.

Robert Stone se derrumbó sobre la cama. La habitación giraba y giraba en torno suyo, como si él estuviera en medio de un torbellino. Alargó la mano hacia el frasco del velador y sacó dos píldoras y se las llevó a la boca. A los pocos minutos su cuerpo se relajó y adquirió una sensación de levedad que fue aumentando progresivamente mientras las cosas a su alrededor iban perdiendo sus colores hasta diluirse en un muro blanco, tan blanco que hería sus ojos y le obligaba a cerrar los párpados.

Cuando pudo ver se halló en un bosque. Estaba oscuro y el viento hacía susurrar las ramas de los pinos. Poco a poco el lugar se le hizo familiar. En su infancia solía pasar los veranos en un *cottage* que su familia tenía a orillas del lago Michigan. Había una tribu de *ojibwayas* en los alrededores y él entabló amistad con Paul, un muchacho como él cuyo nombre original era Aguila Roja. El joven indio tenía una hermana de unos trece años, una chica morena de hermoso rostro y con un cuerpo bastante desarrollado para su edad. A Robert le gustaba mucho y Aguila

Roja lo sabía. El se sonrojaba cuando el indio le decía que su hermana, Nube Alta, podía ser suya si lo deseaba. Añadía que eran tan amigos que estaba dispuesto a permitir que ella lo complaciera. De ese modo estarían más unidos. Pero Robert era demasiado tímido y se conformaba con que Nube Alta les acompañara cuando salían a pescar en el bote de remos. No le hablaba mucho pero le bastaba con tenerla cerca y rozar casualmente su piel cuando se apretujaban al calor de la fogata en las noches más frías.

Sintió que le tocaban el hombro y al voltear vio a Aguila Roja que apuntaba con el índice hacia adelante y luego le advertía que guardase silencio. Ambos estaban tendidos sobre la hierba y podía sentir las agujas de pino hincándole en la oscuridad. Comenzaron a reptar con sigilo y a medida que avanzaban percibieron unos quejidos. Robert dedujo que sería un animal malherido pero cuando divisaron el claro a la luz de la luna no entendió qué era lo que ocurría.

Nube Alta yacía sobre la hierba y componía una figura extraña con Joe, el muchacho del aserradero, quien estaba colocado sobre ella y la presionaba con su cuerpo mientras se agitaba convulsivamente. Los dos estaban desnudos. Robert pensó que tal vez era una curiosa forma de lucha pero desechó la idea al reparar en la mirada de ella. Nube Alta tenía los ojos desorbitados y gemía con ansiedad mientras sus piernas aprisionaban las caderas del hombre. Aquello lo dejó alhelado, tanto que no vio el relampagueo del cuchillo de caza de Aguila Roja cuando éste lo desenfundó antes de lanzarse como una tromba sobre los cuerpos entrelazados. Luego de unos instantes de desconcierto, Robert emprendió una veloz carrera a través de la espesura, tropezando y sintiendo el latigazo de las ramas a su paso.

A la mañana siguiente encontraron los cuerpos ensangrentados de Nube Alta y de su amante. A Aguila Roja lo detuvo la policía una semana después. Se había escondido en el bosque y tuvieron que cazarlo como a un lobo. El comisario y sus ayudantes trajeron el cadáver de su amigo cubierto por una manta, sobre la montura de un caballo. Robert recordaba que el pueblo se había arremolinado en la calle principal y que los indios que miraban impávidos la escena estaban borrachos. Vinieron periodistas de todo el estado y no se habló otra cosa durante el resto del verano. Robert nunca dijo una sola palabra acerca de lo que había visto y pidió a su

familia que lo enviaran de regreso a Chicago. Ese fue el último verano de Robert Stone en el Michigan y desde entonces el suceso asomaba cada cierto tiempo en sus sueños.

Despertó muy tarde, casi al mediodía, con el olor intenso de la tierra y de los pinos vibrando aún en su pensamiento. Estaba amodorrado y algo desorientado por el efecto combinado de alcohol y somníferos, de modo que pidió al servicio del hotel que le trajeran dos tazas de café bien cargado. Se las bebió de un tirón, sin azúcar, y luego se metió bajo la ducha y abrió la llave del agua fría. A continuación eligió una camiseta limpia, unos shorts y las sandalias, tomó un sedante y enfiló en dirección del muelle. Un cebiche fresco y con mucho picante le haría bien. Se había acostumbrado a comer ají y le divertían las reacciones de estupor que provocaba en amigos norteamericanos cuando comía rocoto como si fuera un inofensivo tomate. Sí, un cebiche picante y una cerveza helada era lo que mejor le vendría ahora.

Caminó con dificultad, sudando como un condenado. El sol estaba muy fuerte. Ojalá no bebiera tanto, pensó. Tenía que hacer un esfuerzo por dejarlo aunque sabía que, por el momento, era prácticamente imposible. En todo caso, se dijo, si sólo pudiera beber lo estrictamente necesario, la dosis terapéutica indispensable... Bah, era en vano.

Se acomodó en uno de los pequeños restaurantes de techo de esteras próximos al muelle, modestos y aireados, que eran frecuentados por los pescadores. Tenía una buena vista de la bahía y de la gente que iba a comprar al terminal. Aspiró hondo. Le gustaba el olor a mar y contemplar la superficie ondulante del agua reverberando al sol. Le gustaba mirar a los hombres y mujeres que transitaban por el lugar, con sus ropas ligeras y sus grandes sombreros de paja. Pensó que tal vez debería reunir ánimos para salir de pesca. No lo había hecho en todo el tiempo que llevaba viajando y tampoco se había dado un baño de mar. Podría ser reconfortante levantarse al alba y subir al bote desafiando el viento frío del amanecer y bromear con los pescadores y calentarse con unos sorbos de ron y más tarde, después de la faena, sumergirse en el mar y dar unas cuantas brazadas lejos de la costa. Pero de dónde diablos sacaría el maldito ánimo...

Acabó la botella y no pudo evitar la tentación de pedir otra. Hace calor, se dijo, el sol está alto y necesito beber porque estoy sudando demasiado y corro el riesgo de deshidratarme. Sólo una más. Y luego darás un paseo y tratarás de encontrar la casa del viejo Braulio. Eres un ingrato, no lo has buscado todavía. Hace tres días que estás aquí y lo único que has hecho es emborracharte como un cosaco. Si decides ir de pesca él podría ayudarte. Pero ¿y ella? Han pasado veinte años... *Damn it!* Ya te estás emborrachando de nuevo. Y pensando en cojudeces. Hay cosas que debes olvidar. Ah, Beatriz. Beatriz también está en aquello que debes olvidar. Beatriz está muerta. *Shit! Shit! Oh, shit!*...

Cuando salió del restaurante estaba anocheciendo. Había resuelto buscar al viejo Braulio. Recordaba vagamente dónde se hallaba la casa. Tenía que caminar en dirección opuesta al muelle y luego internarse por entre las filas de edificaciones de adobe que albergaban a los pescadores. Se desplazaba con paso vacilante y la brisa nocturna azotaba su rostro. De repente se sintió muy borracho pero un extraño impulso lo instó a seguir adelante.

Atravesó las calles casi a tientas y luego dejó atrás la zona iluminada. A trescientos metros de la plaza ya no había luz eléctrica. Estaba oscuro y sus pies se asentaban cada vez con mayor inseguridad sobre el piso de tierra. Las calles se habían más estrechas y aumentaban los ladridos de los perros. Podía percibir, a pesar de la marea alcohólica que lo embargaba, a la gente que tomaba el fresco en los umbrales de las casas. Unos chiquillos vinieron corriendo y tropezaron con él, haciéndolo trastabillar y caer. Nadie lo ayudó a levantarse. Permaneció un tiempo indeterminado tendido en el suelo hasta que juntó las fuerzas necesarias para incorporarse. Diablos, se sentía torpe y cansado. Sin embargo continuó avanzando, obstinadamente, aun cuando se daba cuenta de que en ese estado no tenía muchas probabilidades de encontrar la casa. Empero, insistió, contando con que la caminata al menos contribuyera a disipar su ebriedad.

La calle se tomó empinada y por un momento pensó en regresar. Estaba fatigado pero hallaba un placer casi perverso en martirizarse colocando maquinalmente un pie delante del otro, avanzando sin rumbo alguno. Recordaba que en la cumbre de la colina había una cruz, a la que

los pescadores del pueblo solían hacer una peregrinación cada año, el día de San Pedro. Ahora, desde luego, no era preciso que subiera hasta ahí. Tal vez lo mejor era indagar en una de las casas en donde titilaba la lumbre de las velas, aunque si se aproximaba mucho los perros podían morderlo.

El viento ascendía en lentas oleadas y le llenaba la nariz de olor a mar. Su respiración se volvió acezante. El médico había sido bastante claro al respecto: debía dosificar su actividad física pues el corazón ya no le funcionaba como a los veinte años. En realidad se estaba maltratando demasiado, aunque ello no le preocupaba. Al diablo con los médicos... Nunca los había tomado muy en serio. Y salvo uno que otro resfriado en los húmedos inviernos limeños no había tenido mayores complicaciones hasta la muerte de Beatriz, a raíz de lo cual su propia salud empezó a decaer.

Ahora la calle se hizo más empinada y se percató de que estaba llegando a los extramuros del pueblo por la acumulación de basura. Esqueletos de pescado y otros desechos se amontonaban cada cierto trecho y el hedor se levantaba con el viento. Tenía la camisa empapada en sudor y le pareció que iba a desplomarse. Entonces se detuvo para tomar aliento y escuchó un ruido que venía de abajo, como si alguien hubiera rozado una piedra y ésta hubiera rodado arrastrando otros guijarros. Una idea repentina lo sacudió: lo estaban siguiendo. El tumbum de su corazón se hizo más rápido.

Decidió rodear el basural para no regresar por el mismo camino. No había luna y apenas podía adivinar el terreno que pisaba. Sus pies dieron con un sendero y optó por deslizarse ligeramente sobre el cascote, llenándose de polvo. Temiendo acelerar mucho el descenso se paró de manera brusca en un recodo y al girar hacia atrás creyó advertir la presencia de alguien en la parte superior de la pendiente, por donde él había comenzado a bajar. Se escurrió el sudor de la frente y examinó la situación. Si quería alejarse de su perseguidor lo mejor era inclinarse y buscar apoyo con las manos mientras se dejaba resbalar. Lo hizo y a pesar del dolor que le produjo la fricción de la piel contra el suelo consiguió llegar al final del terraplén sin perder el equilibrio. Al ver que las casas se erguían a pocos metros, respiró con alivio.

La sensación de borrachera se había disipado por el esfuerzo. Luego de recuperar el aliento prosiguió la marcha y al doblar en la primera esquina tropezó con alguien que se aferró a su cuerpo para no caer.

–*Shit!* –farfulló y se echó para atrás cuando una exhalación le dio en pleno rostro.

–Disculpe –oyó una voz suave.

–¿Qué sucede? –dijo él, todavía sorprendido.

–Disculpe –repitió la voz–. No lo vi.

Era una voz de mujer y en el silencio de la noche sonó cálida, sin atisbos de hostilidad.

–¿Qué quiere usted? –balbuceó porque ella todavía continuaba sujeta de su brazo.

–No quise asustarlo –dijo ella mientras se apartaba y agregó–: No se ve nada. Está muy oscuro.

–Sí –titubeó–, es una noche muy oscura para pasear. ¿Puede decirme cómo llego al hotel?

–Claro. Siga hasta la próxima esquina, doble a la derecha y camine tres cuadras. Luego atraviese la plaza y verá el malecón. Entonces...

–Gracias –le interrumpió él–. Conozco el camino a partir de ahí. Buenas noches.

Apenas se había alejado unos cuantos pasos cuando ella lo llamó.

–Espere... ¿Me presta sus fósforos?

–¿Fósforos? –repitió él–. Déjeme ver... Creo que tengo mi encendedor.

–¿De dónde es usted? Habla bien el castellano aunque el tono de su voz parece extranjero.

–Soy norteamericano –contestó con calma. Luego prosiguió: –Vivo en el Perú desde hace más de treinta años.

–¿Tanto le gusta? En cambio a mí me gustaría vivir en su país.

–No es ningún paraíso. De veras. ¿Usted siempre ha vivido aquí?

–Toda mi vida –suspiró ella.

–A propósito, tal vez usted pueda ayudarme. Estoy buscando a una

persona que conocí hace muchos años, la primera vez que vine a este pueblo. He olvidado dónde vivía. Me refiero al viejo Braulio.

-¿Braulio Buendía?

-Sí, el mismo.

-Creo que no va a ser posible, señor.

-¿Por qué? ¿Ya no vive aquí?

-No. Se murió.

-Ah, caramba. No lo sabía. ¿Hace cuánto de eso?

-Hace unos seis o siete años.

-Ah...

Robert Stone se quedó pensativo.

-¿Sucede algo, señor?

-Nada. Recordaba que el viejo Braulio era un buen pescador. Salí a pescar varias veces con él y me hubiera gustado hacerlo otra vez.

-Si usted quiere, mi primo podría llevarlo. Tiene un bote a motor. No es muy grande pero entran hasta tres personas. El también es buen pescador y yo lo ayudo a veces. ¿Le interesa?

-Hum... No sé qué decir.

-Vamos, anímese. No cobra mucho. Y si yo lo recomiendo tal vez le haga un precio especial.

Robert Stone se frotó la cara con ambas manos y respiró profundamente.

-Bueno -dijo finalmente-. ¿Por qué no? Creo que me hará bien pescar un poco.

-¿A qué hora quiere partir?

-¿Mañana?

-Sí, mañana. Hay que aprovechar que el tiempo está bueno.

-De acuerdo, aunque preferiría no salir antes del mediodía. Necesito descansar. Después del almuerzo me convendría más, a eso de las cuatro. Sólo un par de horas para empezar. Estoy fuera de *training*.

-Muy bien, como le parezca mejor.

-Mi nombre es Stone. Robert Stone. Pregunte por mí en el hotel. Hasta luego.

-Hasta mañana, señor.

Iba a dar media vuelta cuando ella lo retuvo del brazo.

—Disculpe. ¿No me va a prender mi cigarrillo?

—Oh, perdone. Soy muy distraído.

Sacó el encendedor. Cuando la llama iluminó el rostro de la muchacha Robert Stone palideció. Le pareció estar viendo una alucinación. Una ráfaga de viento apagó el fuego. Volvió a accionar el encendedor e hizo una cuenca con las manos para proteger la llama. Esta vez pudo fijarse con mayor detenimiento en las facciones de ella. Su corazón dio un vuelco. Sin embargo, se esforzó por controlar su emoción y guardó silencio.

—Gracias y buenas noches —le dijo la muchacha y se deslizó en la calle oscura, antes de que él pudiera salir de su perplejidad.

Robert Stone permaneció absorto. Hubiera jurado que el rostro de ella era idéntico al de Marta, aquella mujer por la que veinte años atrás había sentido una repentina e incontenible pasión.

—¿Otro café, *mister*?

La voz del mozo sonó lejana y Robert Stone se limitó a asentir distraídamente. Se hallaba sentado en la terraza. El sol ya estaba alto y podía sentir cómo calentaba a pesar de haberse puesto a la sombra. Había pasado una noche desasosegada, excitado por su imaginación que centelleaba constantemente en la oscuridad. Recién al alba había logrado conciliar el sueño y se había despertado tres horas después, algo descompuesto por el alcohol que había bebido el día anterior y todavía ansioso por el encuentro que había tenido durante su paseo nocturno.

Sorbió su café, negro y sin azúcar, y contempló la bahía y los botes de diversos colores que se desplegaban sobre el agua como las pinceladas enérgicas y vibrantes de una marina impresionista. La gente se arremolinaba en el mercado colindante con el muelle y las vendedoras de pescado hablaban a grandes voces para atraer a los clientes.

En la noche, atenazado por el insomnio y mientras las olas restallaban incesantemente contra la orilla, había pensado una y otra vez en la muchacha. La coincidencia era asombrosa, aunque podía haberse equivocado. Habían sido unos segundos apenas y él no se encontraba plenamente sobrio. Sin embargo, le había bastado el leve parpadeo de la luz del encendedor para reconocer aquel rostro de tez morena, de cejas anchas y ojos vivos, la boca con el labio inferior más pronunciado que

el superior y el mentón firme con el hoyuelo en medio. Claro, quizás su imaginación le había jugado una mala pasada. Quizá su mente empezaba a deteriorarse y dar origen a alucinaciones...

—¿No va a tomar nada más? —le dijo el mozo, sacándolo de su ensimismamiento.

—No, por ahora no. Prefiero almorzar temprano. Voy a ir a pescar por la tarde.

—¿Ya tiene bote? Porque si usted desea, *mister*, yo le puedo conseguir uno. Y barato...

—Gracias. No se preocupe que ya contraté uno.

—Cuidado que lo estafen —advirtió el mozo—. Aquí cuando a alguien le ven pinta de extranjero le sacan el alma.

Robert Stone hizo un ademán de impaciencia. Quería estar solo. No le importaba que le cobraran un poco más o un poco menos. El dinero había dejado de interesarle. Recordó algo de pronto y se volteó hacia el mozo que aguardaba junto a la mesa.

—Hace varios años había un viejo pescador que alquilaba una lancha —le dijo—. Su nombre era Braulio Buendía. ¿Sabe usted qué fue de él?

El mozo se alisó el cabello.

—Se murió hace ya un buen tiempo —respondió—. El viejo era un gran tipo. Los extranjeros siempre lo buscaban. Se entendía bien con ellos.

—Tenía una hija que se llamaba Marta. ¿Se acuerda de ella?

—Sí, cómo no me voy a acordar de la Marita. Una linda chica. De las más lindas que ha habido en este pueblo. Para algunos la mejor.

—A mí me pareció verla anoche.

—Imposible, *mister*. Ella está muerta.

—¿Qué le ocurrió?

—Fue hace unos dieciocho o diecinueve años, si mal no recuerdo. Ella se ahogó. Salió a pescar con el viejo y les agarró el mal tiempo. Cayó al agua y la atrapó un remolino. Eso fue lo que contó Braulio. Según él todo sucedió muy rápido y no pudo hacer nada. En realidad es un misterio.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, lo cierto es que el cuerpo nunca apareció. Hacía pocos días ella había dado a luz una niña. De padre desconocido. El viejo Braulio estaba furioso. Usted sabe, era su única hija. La gente se burlaba a sus espaldas y él no se resignaba a sufrir la vergüenza. Por eso es que las malas lenguas dicen que tal vez en un arrebato de ira la arrojó al mar y la abandonó. Bueno, son habladurías. En todo caso, era imposible probar nada. Fue una verdadera tragedia porque la Martita era muy querida en el pueblo.

—¿Y entonces a quién vi anoche? Yo no creo en fantasmas.

El mozo rió.

—Yo sí creo, *mister*, pero esta vez no se trata de un fantasma. Usted debe haber visto a la hija de Marta. Ella es muy parecida a su madre.

—Hubiera jurado que era exacta.

—Sí, el parecido es asombroso —reconoció el mozo y luego hizo una pausa antes de continuar—. Pero solamente en lo físico. Marta era una muchacha de gran corazón. Su hija es todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—No es una chica buena, usted me entiende. Es una oveja descarriada. Claro, no tuvo padres que se preocuparan por ella y el viejo se desentendió. Lástima...

Robert Stone se quedó pensativo unos momentos y luego se levantó.

—Bueno, iré a dar una vuelta por el muelle —anunció y sacó la billetera y le dio una propina al mozo.

—*Mister*, perdone usted...

—¿Qué? ¿No es suficiente?

—No, no. La propina está muy buena. Le estoy muy agradecido. Sólo quería recomendarle algo, si usted me permite.

—Claro, dígame.

—*Mister*, si yo fuera usted, no llevaría tanta plata en mi bolsillo. Aquí hay mucha gente mala. Este pueblo se ha maleado bastante. Ya no es como antes. Ahora abundan los rateros.

—Gracias por el consejo, pero prefiero llevar mi dinero conmigo. Nunca me han robado. Y si alguien pretende asaltarme se dará cuenta de que no soy ningún gringo cojudo.

El mozo soltó una carcajada y se atusó los bigotes mientras el extranjero se alejaba.

Después de almorzar, Robert Stone se tendió sobre la cama. El calor arreciaba y había corrido las cortinas para poder descansar en la penumbra y evitar que la resolana caldeara la habitación. Pensaba en que no había vuelto a mirar a ninguna mujer desde la muerte de Beatriz y le molestaba la agitación que le había suscitado la muchacha. Es absurdo, se dijo y cerró los ojos para tratar de dormir un poco.

Cuando se despertó miró el reloj y reparó en que eran casi las cinco de la tarde.

—¡Diablos! —murmuró y cogió el teléfono y se comunicó con la recepción.

No, nadie había ido a buscarlo. Tampoco habían dejado ningún mensaje.

Se mojó la cara y luego se vistió rápidamente. Descendió al primer piso y pidió los periódicos del día.

Instalado en la terraza, comprobó una vez más que las noticias no le llamaban la atención. En realidad hacía varios meses que había perdido el interés por saber lo que pasaba en el mundo. Tanto daba un asesinato como un incendio o un golpe de estado. Su vida no iba a cambiar por ello. Y pensar que antes no podía desayunar sin tener los diarios al lado. Definitivamente todo había cambiado.

Miró hacia el muelle que comenzaba a cobrar vida luego de la hora de la siesta. Tenía la garganta seca y se disponía a pedir una cerveza fría cuando la vio doblar la esquina y enrumbar hacia el hotel.

La examinó mientras se aproximaba. El color de su cabello no era tan oscuro como el de Marta. Más bien castaño, era lacio y abundante y refulgía al sol. Su andar era ligero y su cuerpo cimbreante oscilaba rítmicamente como si llevara el compás de una canción. Tenía los brazos largos y delgados y sus caderas eran sólidas y empinadas. Su rostro vivaz exhalaba la misma frescura y desenvoltura que tanto le habían cautivado en Marta.

Junto con la muchacha venía un tipo de menor estatura y contextura

recia. Era de piel cetrina y tenía un bigote descuidado como un manchón negro puesto apresuradamente sobre el labio superior.

—Es mi primo —le dijo ella a guisa de explicación.

Robert Stone inclinó levemente la cabeza y el hombre se limitó a decir:

—Buenas tardes. —Su voz era seca y rugosa.

—Pensé que vendrían más temprano —dijo Robert Stone.

—No fue posible, señor —dijo la muchacha—. El motor se malogró.

Mi primo dice que puede arreglarlo para mañana.

—Terminaré de arreglarlo durante la noche —agregó el hombre—.

Estará listo para salir al amanecer.

—De acuerdo —dijo Robert Stone—. No tengo tanto apuro.

—Hay sólo un pequeño inconveniente, señor —intervino la muchacha.

—¿De qué se trata?

—Mi primo necesita un adelanto para poder reparar el motor.

—¿Cuánto?

El hombre le dijo la cantidad. A Robert Stone le pareció un tanto elevada y sopesó el riesgo de que se fuera con el dinero y no volviera más. Sin embargo, miró a la chica y decidió acceder.

—O. K. —dijo y cogió la billetera y sacó la suma indicada.

—Oiga, *mister* —dijo el hombre—. Si usted quiere ella puede llevarlo ahora a un lugar donde pueda pescar. No hace falta el bote.

—¿No es un poco tarde ya?

—Es la mejor hora para pescar en ese lugar —dijo la muchacha exhibiendo una sonrisa—. Venga, le gustará. Además, no le costará nada. Así compensaremos la demora.

—¿Tiene carro? —preguntó el hombre.

Robert Stone asintió.

—No es lejos —dijo el hombre—. Son apenas unos diez kilómetros.

La muchacha volvió a sonreír y Robert Stone se percató de que algo se agitaba con fuerza dentro de él. Esa sonrisa encendía maravillosamente el rostro de ella bronceado por el sol.

—Sí —dijo finalmente—. ¿Por qué no?

—Bien, *mister* —dijo el hombre—. Le dejaré un poco de carnada. Nos veremos mañana. Vendré a recogerlo a las cinco y media.

El hombre se fue y Robert Stone se quedó frente a la muchacha sin saber qué hacer.

—¿Está listo? ¿Dónde están sus cosas? —le preguntó ella.

—En el carro —respondió él como un autómatas.

—¿Y dónde está el auto?

—En el garaje del hotel.

—Entonces... ¿qué esperamos? —dijo ella y le dedicó una sonrisa amplia y contagiosa.

Robert Stone sonrió ligeramente y ambos comenzaron a caminar hacia el garaje bajo el sol de la tarde. Se sentía como si le hubiera abandonado el peso del cuerpo y un leve cosquilleo le rozara la piel; una sensación muy próxima a la serenidad que se apodera de uno cuando le cortan el cabello y se tienen los ojos cerrados y se trata de no pensar en nada mientras se escucha el suave siseo de las tijeras.

El Ford desembocó en la carretera y siguió en dirección hacia el sur. Robert Stone miraba a su acompañante de reojo mientras conducía. Le desconcertaba un poco su desenvoltura. Marta, recordaba, tenía un aire más bien tímido. La muchacha, en cambio, poseía una mayor seguridad y daba la impresión de saber claramente lo que quería. Sin embargo, se le parecía tanto...

De repente se dio cuenta de que ignoraba su nombre. Se lo preguntó.

—Me llamo Mariela —respondió ella.

Permanecieron en silencio unos minutos. Robert Stone pensó que era ridículo, pero lo cierto es que se sentía nervioso y no sabía qué decir.

Avanzaron unos kilómetros y luego ella le indicó que abandonara la carretera y tomara una senda de tierra apenas marcada.

—¿Está segura de que es por aquí? Se podría atascar el auto en la arena...

Ella giró hacia él y lo miró largamente antes de esbozar una sonrisa y contestar:

—No, si confías en mí.

Robert Stone notó que ella lo tuteaba por primera vez.

—Basta que sigas las huellas que han dejado otros autos —añadió la muchacha.

—Casi no se notan —apuntó él.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella—. He venido varias veces por aquí.

—¿Nunca te has perdido? —se animó a corresponderle el tuteo—. En realidad estamos en pleno desierto.

—Una vez me distraje y di algunas vueltas pero terminé encontrando el camino.

—¿No te asustaste?

Mariela le dirigió una mirada pícaro y le dijo:

—Yo no me asusto por nada.

El automóvil ascendió una pequeña loma y Robert Stone disminuyó la velocidad para bajar con cuidado. El terreno se había vuelto más accidentado.

—¡Uf! —exclamó él.

—Ya estamos cerca —observó ella.

El Ford bordeó una duna y se detuvo a escasos metros del fin del acantilado. Bajaron del auto y contemplaron la playa que se extendía abajo. Tenía la forma de una pequeña ensenada. Hacia la izquierda se erguía un promontorio de rocas que penetraba en el mar. Este se veía calmo y era de un color azul intenso. Robert Stone intuyó que debía ser bastante frío y profundo.

Sacaron los aparejos y enrumbaron por el estrecho sendero que llevaba a la playa. La pendiente era algo pronunciada y cada cierto trecho la muchacha le pedía que le ayudara. Robert Stone sentía un hormigueo en la piel cada vez que su mano entraba en contacto con la de ella. Un delicioso hormigueo.

Cuando llegaron a la playa escalaron el promontorio y se ubicaron en la parte más alta. El sol se combaba sobre el océano pero todavía quedaba casi una hora de luz. Ella vestía una falda breve y Robert Stone no resistió la tentación de mirarle los muslos firmes y brujidos. La muchacha lo sorprendió y sonrió con coquetería. El apartó la vista y fingió concentrarse en la caña. Ensartó la carnada, colocó el plomo y se dispuso a lanzar el anzuelo.

—No te gusta hablar mucho, ¿ah? —dijo ella rompiendo el silencio—. Los gringos que he conocido hablaban hasta por los codos y hacían muchas bromas. Tú hablas poco...

El trató de sonreír.

—¿Estás triste por algo? —le preguntó ella.

—No —dijo él—. Estoy bien.

—¿Cómo era que te llamabas?

—Bob. Es decir, Robert, pero mis amigos me dicen Bob. Bueno, en realidad a todos los Robert les llaman Bob.

—Bob —repitió ella haciendo un mohín—. Qué gracioso. Suena a bobo.

—¿Tengo cara de bobo?

—No, pero tienes cara de gringo y casi todos los gringos tienen cara de bobo.

Mariela soltó unas carcajadas y se apresuró a advertir:

—Era una broma.

A pretty bright girl, pensó él para sus adentros.

—Eres una chica viva —le dijo risueño—. Me quieres tomar el pelo pero no puedes con alguien que ha vivido aquí tantos años.

—¿Tienes esposa?

A Robert no le gustaba hablar de la muerte de su esposa, de modo que se limitó a responder:

—No, no tengo.

—Es raro —dijo ella—. Un gringo como tú debería estar casado y tener una familia numerosa. Y una casa grande, muy grande como ésas que se ven en las películas, con un jardín afuera y otro adentro.

—Yo tuve una casa así —dijo él.

—¿Ya no la tienes?

Robert Stone negó con la cabeza y añadió:

—La vendí.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Estabas mal de dinero?

—No. Sólo que la casa era demasiado grande para mí.

—¿No ves? ¿No te decía que te hace falta una esposa? ¿O... no te gustan las mujeres?

Robert Stone sonrió. ¿Adónde quiere llegar?, pensó. En eso el sedal de la caña se tensó.

—¡Ha picado! —exclamó ella.

Robert Stone se puso de pie, presa de esa excitación que recorre a los pescadores cuando un pez muerde el anzuelo, no importa cuántas veces lo has hecho. Intentó recoger línea pero la caña se dobló por la tensión y calculó que no iba a ser sencillo.

—¡Es inmenso! —dijo ella—. ¡Que no se te escape!

—¡Caramba! Es muy fuerte...

Tenía que vencerlo por cansancio y traerlo hacia la orilla. Y había que hacerlo con mucho cuidado porque el sedal podía romperse si rozaba las rocas. El pez tiraba hacia el fondo y se removía vigorosamente en su afán por zafarse del anzuelo. Apretó la caña con fuerza, sintiendo cómo vibraba en la palma de sus manos con cada sacudida. Dejó que el pez se debatiera durante unos minutos, esperando agotarlo. Sin embargo, era duro de pelear y oponía una franca resistencia en su pugna por abrirse paso hacia mar abierto. La caña se dobló más aún.

—Con calma —le susurró la muchacha y se acercó a él y posó su mano sobre su brazo derecho para alentarlo.

Robert Stone sudaba copiosamente. Ella tomó el pañuelo de su bolsillo y le secó la frente y las mejillas.

—Se está cansando —le dijo—. ¿Ves? Ya no tira con tanta fuerza.

Era cierto. Si bien el pez todavía se deslizaba con rapidez y hacía zigzaguear la línea, ahora carecía del poder suficiente como para curvar más la caña.

—Tranquilo —le dijo ella—. Creo que ya lo tienes. Tranquilo no más.

Robert Stone sabía por propia experiencia que si se impacientaba corría el riesgo de arruinarlo todo. Había visto a muchos pescadores que se precipitaban y recurrían a toda su fuerza y entonces el sedal se rompía y se perdía al pez para siempre. Pero si se lograba controlar los nervios y se conservaba la serenidad su captura sólo era cuestión de tiempo.

Pensaba en todo ello mientras luchaba contra el pez y cuando vio que podía elevar un poco la caña supo que sería suyo.

—Ahora recoge la línea despacio —le dijo ella—, muy despacio.

—Veo que sabes de pesca —dijo él—. ¿Cómo aprendiste?

Ella se encogió de hombros.

—¿Tu abuelo Braulio no te enseñó?

—El no me enseñó nada —dijo ella secamente—. ¿Cómo supiste que era mi abuelo?

—Este pueblo ha crecido, aunque no lo suficiente —observó él y continuó—: Braulio era un excelente pescador. Y su hija Marta también. ¿Lo sabías?

Ella se turbó por un instante y vaciló antes de responder.

—No, no sé mucho sobre ella. No la recuerdo. Falleció poco después de que yo naciera.

—Yo la conocí cuando estuve aquí hace veinte años. Era una buena chica. Muy linda. Y tú eres idéntica a ella.

—No lo creo. Yo soy diferente y ya estoy cansada de que siempre me comparen con ella.

—¿Has visto fotos suyas?

—Sí y qué...

—Bueno, se parecen como gotas de agua. Es increíble...

—Hey —lo interrumpió ella—, no te distraigas. ¡Se está yendo hacia las rocas...!

—Descuida, no se me escapará —aseguró él.

Los movimientos del pez disminuyeron y él aprovechó para recoger línea.

—Voy a alejarlo de las rocas y trataré de llevarlo hacia la orilla para que puedas agarrarlo —le dijo a la muchacha.

Ahora sentía que el pez le pertenecía y que era capaz de conducirlo adonde quisiera. Recogió más línea y finalmente apareció, cortando la superficie con un brillo plateado. La muchacha bajó del promontorio y se introdujo en el agua hasta la cintura. Se adelantó hacia donde se hallaba el pez y sumergió ambas manos y luego lo alzó sujetándolo de las agallas para que no se le resbalase. El pez batió la cola desesperada e inútilmente.

—¡Es una corvina! —gritó ella—. ¡Y es enorme!

Robert Stone se reunió con ella en la playa. Estaba jadeante aunque contento, realmente contento. La muchacha vino a su encuentro. Se había mojado la ropa y ésta se le había pegado al cuerpo, resaltando el

volumen oscilante de sus pechos, contra los cuales apretaba el pez que todavía continuaba resistiéndose a morir.

—*Oh, my God!* —dijo él, tomándolo entre sus manos y sintiendo cómo se agitaba mientras se le escurría la vida.

Ella lo miró, expectante.

—Debe pesar unos doce kilos, tal vez trece —calculó él—. Es un pez formidable.

—Sí —dijo ella—, es estupendo. Una de las corvinas más grandes que he visto.

Robert Stone la escrutó. El sol del crepúsculo iluminaba su pelo castaño y ella se lo alisó al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda. Él pensó que era una de las mujeres más terriblemente hermosas que había contemplado jamás.

—Me voy a dar un baño —anunció ella—. ¿A ti no te provoca?

—No he traído el traje —dijo él.

—¿Y quién necesita traje? —contestó ella—. Yo tampoco lo tengo.

A continuación entreabrió los labios en una sonrisa traviesa y él sintió una punzada bajo la piel.

Antes de que él pudiera decir algo ella giró, se quitó la falda y la blusa y entró en el agua y se zambulló. Después emergió a la superficie, nadó con destreza unos cuantos metros y se volvió:

—¡Bob! —lo llamó—. ¿No vienes? ¡Apúrate, Bob!

Robert Stone la miró durante unos instantes y luego sus manos, sus propias manos, empezaron a desabotonar su camisa sin que él pudiera impedirlo, como si éstas pertenecieran a otro cuerpo.

El bote se adentró en la niebla del alba, con el motor que producía un monótono ronroneo. Tendría que pasar un par de horas antes de que el sol rasgara la cortina de bruma y empezara a calentar. Robert Stone iba en el medio, la chica se había sentado en la proa y su primo Vicente se encargaba del timón en la popa.

El viento cortaba como un cuchillo. Robert Stone alzó las solapas de su impermeable, sacó el frasco de plata que solía llevar consigo y bebió un sorbo de whisky. Se volteó hacia Vicente y se lo extendió. El hombre hizo un gesto negativo. Aquello era extraño: nunca había visto

a un pescador rechazar un trago en esas circunstancias. Evidentemente era un tipo huraño y desconfiado. Apenas le había dirigido la palabra desde que zarparon del muelle. Y, por cierto, no le gustó nada el comentario que hizo cuando fue a buscarlo al hotel.

—Parece que tuvo buena pesca —le había dicho y Robert Stone creyó entrever una leve sorna en el tono. Desde luego, no podía asegurar cuál había sido su verdadera intención pero había algo en su semblante que resultaba desagradable.

Mariela también estaba silenciosa y se había arrimado a la proa, con la vista al frente, eludiendo su mirada. Posiblemente la presencia de su primo la inhibía y la obligaba a adoptar una actitud más bien indiferente. A él también le molestaba que Vicente estuviera con ellos y de buena gana hubiera anulado la excursión, pero el arreglo ya había sido hecho y una decisión brusca podía motivar suspicacias que prefería evitar. De cualquier forma, deseaba tanto estar a solas con ella.

El motor carecía de potencia y el bote avanzaba muy lentamente, a tal punto que Robert Stone comenzó a impacientarse. Ya llevaban dos horas de viaje y el traqueteo le fastidiaba.

—¿No podemos detenemos por acá?

El hombre tardó en contestar. Se frotó la barbilla y luego dejó escapar su voz ronca:

—No sirve. Es un mal sitio. Falta poco...

A medida que la neblina se disipaba la luz de la mañana fue iluminando paulatinamente el bote. Robert Stone sintió un agradable cosquilleo recorriéndole la columna vertebral y aspiró hondo. Sin duda, el mar contribuía a revitalizarlo y llegó a la conclusión de que lo mejor que le había ocurrido era haber arribado a ese pueblo. Las cosas volvían a irle bien. Después de meses y meses de oscuridad al fin había descubierto una rendija de claridad.

Recreó en su imaginación el cuerpo húmedo y flexible de la muchacha, la suave presión de sus pechos y el talle delgado y cimbreante. Ella lo había besado con una avidez inusitada y su saliva se había mezclado con la suya y con el agua salobre del mar. No obstante su juventud, ella había demostrado una destreza excepcional para el placer, incrementándolo y disminuyéndolo a su antojo, en un juego perverso y

a la vez delicioso. Se habían amado en la orilla, revolcándose sobre la arena y luego la marea había subido y les había remecido intermitentemente mientras se abandonaban uno en el cuerpo del otro. No recordaba haber hecho el amor de esa manera con nadie.

—Aquí está bien —dijo Vicente apagando el motor y deteniendo el bote.

Mientras él preparaba los anzuelos Robert Stone se dirigió a la muchacha y le ofreció un cigarrillo. Cuando ella se inclinó para que le diera fuego aprovechó para susurrarle:

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal por algo?

Ella meneó la cabeza.

—Estoy bien —dijo sin mucha convicción.

—¿Qué tal estuvo la corvina?

—Muy sabrosa —respondió bajando la vista.

—Tome —oyó la voz del hombre que le alcanzaba la caña.

Quizás está avergonzada, se dijo mientras soltaba el seguro del carrete y arrojaba el anzuelo. Después de todo ni siquiera tiene veinte años. ¿No se habrá arrepentido? Bah, tonterías. Ya verá la forma de acabar con sus temores. Pensó que si todo marchaba bien a la larga podría comprar un terreno. No eran muy caros. Edificaría una casa junto al mar y, por qué no, se procuraría un pequeño velero para pescar. Estaba harto de la capital y le atraía la idea de permanecer el resto de su vida en aquel lugar. *Damn it!* Las cosas que se te ocurren, gringo loco. Sonrió para sí. Eso eres: un gringo loco. A la vejez te has vuelto un gringo loco, condenadamente loco.

Fue en ese momento cuando sintió que algo se deslizaba en el bolsillo trasero de su pantalón. Volteó inmediatamente.

—¿Qué? —dijo al ver que Mariela aferraba su billetera. Ella giró hacia Vicente y se la arrojó con un movimiento rápido y preciso.

—*What's going on?* —expresó con la sorpresa dibujada en el rostro.

Intentó incorporarse porque tenía la caña entre las manos y no quería dejarla caer al agua. Entonces la colocó con cuidado dentro del bote y dijo con aspereza:

—No me gustan esta clase de bromas.

Luego se levantó y al hacerlo la embarcación se ladeó y él tambaleó

peligrosamente. La muchacha miró a Vicente y éste asintió. Ella se mordió el labio y se estiró hacia adelante y lo empujó al mar.

Robert Stone cayó de espaldas. El agua estaba helada. Braccó atropelladamente y salió a flote. ¿Qué diablos estaba sucediendo? Tenía que ser una broma. Nadó hacia el bote. Se apoyó en el borde. Estaba sin aliento.

—*Shit!* —exclamó cuando vio a Mariela que empuñaba uno de los remos.

La voz rugosa de Vicente se escuchó desde la popa:

—¡Golpéalo! ¡Golpéalo!

Ella alzó el remo y le asestó un golpe en una de las manos. El gritó pero se mantuvo sujeto del bote con la otra mano. Luego quiso tomar impulso para trepar pero ella volvió a blandir el remo y esta vez le acertó en la frente.

Aturdido, sintió que se hundía y agitó los brazos con desesperación. Logró salir a la superficie. Estaba mareado y su corazón parecía a punto de estallar. Un hilo de sangre le corría por el pómulo. Oyó el sonido ahogado del motor. Vicente trataba de encenderlo. Su mente empezó a trabajar con rapidez. No tenía ninguna posibilidad de subir al bote. Lo único que podía hacer era aproximarse a Vicente e intentar tumbarlo.

Haciendo acopio de energías nadó hacia la popa y ya se cogía del borde cuando escuchó el ruido del motor. Un segundo después la embarcación dio un tirón hacia adelante y se puso en marcha.

Robert Stone miró a la muchacha mientras el bote se alejaba. Había en su rostro un gesto de dureza y frialdad que lo sobrecogió. Parecía otra persona. Su mirada era firme e imperturbable y su figura adquirió una apariencia fantasmal recortada entre jirones de niebla.

Una terrible sospecha asaltó su pensamiento como un relámpago. ¿Era real lo que estaba sucediendo? Robert Stone advirtió la creciente sensación de debilidad que se apoderaba de él y que algo pugnaba por arrastrarlo hacia abajo.

El bote se fue reduciendo a la distancia hasta que desapareció por completo. Luego todo —el cielo, el aire, el mar— fue empalideciendo, cubriéndose con un velo de color amarillento. Una extraña quietud invadió a Robert Stone. Entonces percibió el olor de los pinos de los

bosques del Michigan y por entre las columnas de niebla vio a Nube Alta que se acercaba remando en su canoa. Sus ojos oscuros y cálidos se posaron en los de él y cuando ella se inclinó para tenderle la mano sintió por primera vez un estallido sordo en su interior, como si el corazón se le estrujara dentro del pecho en una cima de gozo y de dolor. Acto seguido el cuerpo de Robert Stone se hundió lentamente camino a las más oscuras profundidades.



*En el reverso de la foto hay impresos un escudo de armas,
y debajo la siguiente dirección:*

PHOTOGRAPHIE

THIEBAULT

Breveté S.G.D.G.

31 Boulevard Bonne Nouvelle 31

PARIS

En los espacios en blanco escribió Palma la siguiente dedicatoria:

a D. Juan Valdeavellano, su amigo

PARIS 1864

Cortesía de Eduardo D'Argent Ch.

LIMA